

Jeremías 33:14-16

Sermón Jeremías 33:14-16 Primer domingo de Adviento 2009
1 Thes 3:9-13 Lk 21:25-36

¹⁴»He aquí vienen días, dice Jehová, en que yo confirmaré la buena palabra que he hablado a la casa de Israel y a la casa de Judá. ¹⁵En aquellos días y en aquel tiempo haré brotar a David un Renuevo justo, que actuará conforme al derecho y la justicia en la tierra. ¹⁶En aquellos días Judá será salvo, y Jerusalén habitará segura. Y se le llamará: “Jehová, justicia nuestra”.

Esperanza. Es algo que muchas veces nos falta en nuestra vida. A veces es porque tantas veces hemos sufrido la desilusión que ya no nos atrevemos a esperar nada bueno. Otras veces es porque el presente se ve tan negro que no vemos ninguna posibilidad de cambio. Y sin embargo, el mensaje que Dios nos ha encargado proclamar es un mensaje de esperanza, esperanza que es segura, esperanza que no avergüenza. Al comenzar otro año de gracia en la iglesia este primer domingo de Adviento, es apropiado que otra vez destaquemos la esperanza que Dios nos da mediante aquel cuyo nacimiento nos preparamos a celebrar durante esta estación.

Nuestro tema esta mañana será: Esperanza para un nuevo año en nuestro Salvador justo. Veremos que el pecado ha hecho de nuestro mundo un lugar sin esperanza o de falsas esperanzas, que el Salvador viene y cumple toda justicia, y que el Salvador aplica a nosotros su justicia.

La desesperanza no es algo nuevo característico sólo de nuestra época moderna. Cuando Jeremías escribió las palabras de esta profecía, él mismo estaba encarcelado – precisamente por su fidelidad a la palabra de Dios y el mensaje que Dios le había llamado a predicar. Su mensaje dirigido contra un pueblo incorregible incluía la seguridad de que su país y su ciudad serían destruidos con fuego, muchos de los habitantes morirían a espada, y muchos de los que quedaban serían llevados al destierro en la lejana tierra de Babilonia.

A Jeremías le hubiera preferido poder proclamar otro mensaje más alentador. Pero el pecado y la rebelión del pueblo contra su Dios y Creador hacía necesario proclamar ese mensaje de juicio y castigo. El mensaje de Jeremías tenía que ser un mensaje de arrepentimiento, exhortando a la gente a abandonar su pecado y

rebelión y volver a su Dios. Si no hicieran eso, el único resultado tendría que ser juicio y destrucción. No un mensaje muy alentador.

Pero Jeremías tenía que intentar destruir las falsas esperanzas de un pueblo impenitente. Cuando Jeremías profetizaba destrucción y exilio, ellos se defendían diciendo que Jerusalén era la ciudad de Dios, y no lo podía destruir. ¿No tenían la casa de Dios, el templo, en medio de ellos? ¿No celebraban las liturgias con esmero? Pero todo eso no valdría, mientras seguían impenitentes y rebeldes contra el mismo Dios que esperaban que les salvara a pesar de toda su maldad.

¿Pero qué tal nuestra situación? Esas enfermedades que sufrimos, la falta de recursos que sentimos, los atropellos que sentimos a manos de otros, ¿Cuál es la explicación de todo esto? ¿No tiene, en fin, la misma raíz que esas malas noticias que Jeremías tuvo que proclamar a su pueblo en su día? ¿No es la raíz de todo esto que experimentamos tan a menudo el hecho de que este es un mundo caído, un mundo de pecado, y que nosotros mismos hemos pecado mucho todos los días? La verdad es que nosotros también hemos merecido sólo escuchar una palabra desalentadora de juicio igual como la gente de Judá en el tiempo de Jeremías. La palabra de Dios también tiene que venir a nosotros primero con el solemne mensaje de que “el alma que pecare, esa morirá”. A nosotros también Dios nos llama al arrepentimiento y a reconocer nuestro pecado y nuestra perdición.

Pero para todos los que reconocen su pecado, Dios también quiere dirigirles una “buena palabra”, buenas noticias, noticias de esperanza y de un futuro prometedor. Dios nos asegura que el Salvador viene y cumple toda justicia. Nuestro texto declara: “He aquí vienen días, dice Jehová, en que yo confirmaré la buena palabra que he hablado a la casa de Israel y a la casa de Judá”.

Dios mismo revela una buena palabra para consolar a Jeremías y a todos los demás que están arrepentidos. Y se compromete con cumplir esa buena palabra. Dios no es mentiroso. En cualquier otra cosa en que ponemos nuestra confianza y esperanza, puede que nos equivoquemos y sólo nos desilusionemos. Pero cuando ponemos nuestra confianza en la palabra de Dios, es segura de cumplirse y jamás desilusionará.

Esta buena palabra se centra en Jesucristo. Se describe como un renuevo de la casa de David. La imagen es de un tronco al parecer muerto del cual una nueva rama brota. La muerte de la familia de David se produjo por el pecado y la rebelión de los descendientes de David que se sentaban en el trono de Judá. Pero ahora vendría un heredero legítimo que se describe como “justo”. Esto quiere decir no sólo que es el heredero legítimo, sino que en todo su ser se conforma a la voluntad justa del Señor. Pone en práctica la justicia. “Actuará conforme al derecho y la justicia en la tierra”.

El cumplimiento de la profecía se encuentra en Jesucristo, un descendiente de David que Dios mismo hizo nacer milagrosamente en la tierra. En la ocasión de su bautismo, cuando Juan dudaba si debía bautizar a Jesús, sabiendo que no tenía necesidad de un bautismo para remisión de los pecados, Jesús le respondió: “Así conviene que cumplamos toda justicia”. A los mismos enemigos de Jesús les podía retar: “¿Quién de vosotros me redarguye del pecado?”. Y el libro de Hebreos nos asegura que Jesucristo estuvo como nosotros los seres humanos en todo, “salvo sin pecado”. Realmente Jesús, este rey que Dios hizo nacer en Belén 600 años después del tiempo de Jeremías, era un renuevo justo, uno que realmente practicaba la justicia ante Dios como ningún ser humano lo ha hecho ni lo ha podido hacer.

Y este justo se ha hecho nuestro Sustituto. Juan lo llama “Jesucristo, el justo”, y dice de él: “Pero si alguno ha pecado, abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo, el justo. Él es la propiciación por nuestros pecados, y no solamente por los nuestros, sino también por los de todo el mundo” (1 Jn 2:1-2).

Y el Salvador aplica a nosotros su justicia. De este justo la Escritura nos dice que “Jehová cargó en él el pecado de todos nosotros”. El justo muere por los pecadores. Y Pablo declara: “Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros seamos justicia de Dios en él” (2 Cor. 5:21). El Cristo que nacería en circunstancias humildes en Belén moriría terriblemente en Jerusalén para expiar los pecados de todos nosotros los pecadores. Con eso él, el justo, estaría pagando el castigo que nosotros merecimos con nuestros pecados. Dios lo hizo pecado, a aquel que no conoció el pecado. Y el resultado es que nosotros somos justicia de Dios en él. A nosotros Dios nos aplica toda la justicia de este renuevo justo que hizo juicio y justicia en la tierra.

La manera en que nuestro texto expresa esto es que describe a Jerusalén, el pueblo de Dios, y dice de ella: Y se le llamará: “Jehová, justicia nuestra”. En Jeremías 25, donde tenemos una profecía muy similar acerca de la venida de Cristo, el renuevo justo, dice que él se llamará “Jehová, justicia nuestra”. Pero porque su justicia es vista por Dios como si fuera nuestra porque él es nuestro sustituto, también de la gente que creemos en Cristo podemos hablar en los mismos términos. Nosotros podemos ser descritos, por la imputación de los méritos de Cristo a nosotros, porque Dios cuenta la justicia de Cristo como si nosotros lo hubiéramos cumplido, como “Jehová, justicia nuestra”. Porque este rey de la línea de David es Jehová, y su justicia por fe ahora es nuestra justicia. “El hombre es justificado por fe, sin las obras de la ley.”

El resultado es salvación y paz. “¹⁶En aquellos días Judá será salvo, y Jerusalén habitará segura”. Judá y Jerusalén aquí son el remanente creyente del pueblo de Dios, junto con todos los gentiles que también llegarían a adorar al Dios de Israel por la fe en Jesucristo. Su estado se describe como un pueblo que es salvo, que es rescatado. El resultado es vivir en seguridad. Éstas son las bendiciones que el Mesías Jesucristo, el renuevo de David, trae consigo. No es sólo que los judíos serían librados del exilio en Babilonia. Cristo traería liberación de todos nuestros enemigos más fuertes, el pecado, la muerte, la condenación, Satanás y el infierno. Esto es lo que tenemos, ahora por fe y en esperanza, después como algo plenamente logrado en la eternidad, como nuestra segura posesión. Ciertamente, aquí hay un tema que queremos seguir escuchando y que siga resonando en nuestras iglesias durante todo este año de gracia en que entramos. Porque entonces, venga lo que venga, tenemos verdadera esperanza, una esperanza que no nos defraudará.

Amén.